

Revista *Atenea* N° 510, Número de Homenaje a Nicanor Parra. Concepción, diciembre 2014

Una de las características que ha hecho singular a la Revista *Atenea* –en sus noventa años de existencia– es su diseño, en especial el realizado por Mauricio Amster, quien fue capaz de otorgar un sentido de colección a la revista y que se preocupó, especialmente, de las portadas y de la diagramación. En este número se continúa la línea de ediciones cuidadas; la portada es elegante y sobria e incluye un retrato del homenajeado al centro; la diagramación del interior hace dialogar armónicamente los textos y las ilustraciones.

En cuanto al contenido, la publicación comienza con una presentación –tal como es tradicional– de Mario Rodríguez, director de la revista y estudioso reconocido de la obra de Parra, quien destaca el aniversario noventa de la publicación y la decisión de festejar con este número dedicado a los cien años de Nicanor Parra. En esta presentación, Rodríguez realiza una acabada síntesis de los contenidos de la revista, recorriendo cada uno de los diez artículos incluidos, además de mencionar las otras dos partes que cierran el número: Nota y Testimonios.

El conjunto de los diez artículos logra iluminar zonas de la obra de Parra menos exploradas. El centro de atención ya no es el paradigmático libro *Poemas y antipoemas* (1954), ahora el foco y los análisis se centran en su obra temprana –*Cancionero sin nombre* y poemas dispersos publicados antes de 1939– y en su obra posterior –desde *Artefactos*, pasando por *Sermones y prédicas del Cristo de Elqui* hasta llegar a los “Videoartefactos”–, esto hace justicia a la vastedad de registros, proyectos e incursiones del antipoeta. También es digno de mencionar que en este número aparecen dos académicas nuevas: Paula Tesche y Sara Reinoso, ambas con particulares visiones sobre la poesía parriana, que se suman a los consagrados especialistas: Hugo Montes, Marlene Gottlieb, María Ángeles Pérez López, Niall Binns, Manuel Jofré, Iván Carrasco, Mario Rodríguez y Juan Gabriel Araya.

Por razones de extensión, no podré detenerme en cada uno de los artículos, pero sí quisiera mencionar algunos de ellos, como el de Marlene Gottlieb, autora del libro *No se termina nunca de nacer*; la poesía de Nicanor Parra (1977) y de varios otros artículos sobre el antipoeta. En su ensayo, la autora ve los antecedentes del monólogo dramático en la poesía del siglo XIX, y como precursores menciona a Robert Browning y Alfred Tennyson; luego analiza el uso y vigencia del monólogo dramático en la obra de Parra. Entre sus afirmaciones encontramos la siguiente: “Nicanor Parra es uno de los poetas que más ha empleado y desarrollado el monólogo dramático en su obra y yo me atrevo a proponer que la popularidad del género en la segunda mitad del siglo XX quizás se pueda explicar en gran parte por la revolución realizada por la antipoesía de Parra” (26). El artículo de Gottlieb contribuye a valorizar la influencia que ha dejado y que seguirá dejando el monólogo dramático de la antipoesía. Un ensayo que también aborda la construcción de personajes, es el texto de Niall Binns. A diferencia de Gottlieb, él se dedica a analizar los diálogos de los personajes en los poemas. Como ya nos tiene acostumbrados, Binns hace un exhaustivo y lúcido recorrido por los textos de Parra y nos muestra con claridad la lucha de estos personajes por comunicarse entre sí, ¿cuál sería el motivo de esta batalla? Binns postula: “superar la condena moderna de la enajenación y la soledad existencial” (71).

Existen dos artículos que vienen a fijar la ciudad de Chillán como la capital de la obra de Nicanor Parra. Uno de los textos es de Manuel Jofré –principal impulsor de Parra al Nobel y destacado académico– y se titula: “Nicanor Parra flâneur en Chillán”. Jofré, luego de hacer un acabado recorrido por la primera etapa de la poesía de Parra, señala: “Son las experiencias del flâneur mental y físico que se integran en el camino psíquico y geográfico y que logran armar el mapa de un territorio llamado Chillán” (93). El otro texto es de Juan Gabriel Araya –académico y autor del exhaustivo estudio “Nicanor Parra en Chillán”– titulado «“Que aquí no pasa nada que puramente todo”: Chillán en la poesía de Nicanor Parra». Araya detecta la influencia de esta mítica ciudad y su relevancia en la obra y vida de Parra, logrando mostrar cómo Chillán imanta la antipoesía. Entre sus conclusiones destacamos la siguiente: “Tanto la alabanza como la ironización de la aldea forman parte del sistema total de un poeta que estructura su mundo a partir de la imagen de un lugar feliz que se desvanece” (151). Ambos textos –el de Jofré y el de Araya– logran mostrar la complejidad y fundamentos de la primera poesía del autor de “Cancionero sin nombre”. En esta dirección y como complemento a estos artículos está la nota de Mario Rodríguez “Raicillas de la antipoesía en Atenea de 1939: La gilet y el ángel miedoso”. Este apartado reproduce dos poemas fundamentales para los orígenes de la antipoesía, se trata de “Cantos cotidianos” y “Cantos paralelos”. Ambos textos los conocí el 2009, cuando realizaba la investigación para mi tesis de Magister de la Universidad de Chile. Siempre me impresionó que no se mencionaran y que tampoco se incluyeran en las *Obras completas*. Considero muy acertado haber reproducido estos textos en la misma revista donde se publicaron originalmente.

Un artículo que prueba la diversidad de intereses que exhibe este número es el texto de Iván Carrasco: “La antipoesía: manifestación política heterogénea”. Estas páginas vienen a contestar una pregunta frecuente entre los lectores: ¿cuál es la posición política de Nicanor Parra? Carrasco logra responder con la obra del autor y nos demuestra que su poesía política es “heterogénea y ambivalente, pues ha oscilado entre actitudes y proposiciones socializantes, anarquistas, democráticas, ambiguas, independientes, en cuanto derivadas de una creatividad basada en la improvisación y la arbitrariedad” (96).

Mencionamos, fugazmente, dos artículos que son aportes novedosos por su amplitud de enfoque, uno es de María Ángeles Pérez López –profesora de la Universidad de Salamanca y prologuista de la antología *Páginas en blanco* de Nicanor Parra– titulado “Parra el semionauta (Itinerarios en el paisaje de los signos)”. El otro texto es de Mario Rodríguez: “La antipoesía, una ladina puesta en escena del discurso de la infamia”, en el que propone que la poesía de Parra aplica elementos que solo predominaban en el relato moderno: “apropiación de los detalles más ínfimos, más desvergonzados de la cotidianidad y, al mismo tiempo, ironiza paródicamente el dispositivo discursivo, al ponerlo en boca de un sujeto ladino” (127). Este texto da importantes pistas para analizar las estrategias narrativas en la poesía del autor de “Versos de salón”.

Cerrando la edición se encuentran cuatro testimonios, entre los que destaca el escrito por Floridor Pérez: “Con Nicanor Parra por el lago más largo de Chile”. El poeta “lárico, lúdico y lacónico” logra reconstruir, de forma emocionante, el encuentro que ambos tuvieron en Valdivia el año 1962. Pérez nos comparte la anécdota de cuando el antipoeta leyó –arriba de un bote y al frente de un improvisado remero y único auditor– el poema

“Defensa a Violeta Parra”. Pérez cuenta que después de la lectura hubo un “profundo silencio religioso”. Al finalizar este testimonio quedamos con ganas de seguir leyendo, ¿cuántas historias más habrá como estás? Seguramente muchas, sin embargo son pocos los que pueden narrarlas con tanta claridad y emoción como lo hace el autor de “Cartas de prisionero”.

Quiero concluir diciendo que este número se inscribe –considerando las múltiples celebraciones por los cien años– como uno de los homenajes más sólidos y que más aporta a la discusión crítica de la obra parriana. Felicitamos a Mario Rodríguez por dirigir una revista rigurosa –además de didáctica y elegante– que en sus noventa años ha logrado, contra viento y marea, seguir a la vanguardia de las revistas universitarias.

ERNESTO PFFEIFER
ernesto.pffeifer@gmail.com